



Calpurna

que, tan atareada como andaba siempre en cuidar de sí misma y atender, antes que a nada en el mundo, a sus propios intereses y a sus horarios tan rígidos. Llegaba siempre tarde y acelerada y, en cuanto se hacía la hora, ya le estaba pitando por marcharse aunque nada más nos estuviesen quedando por hacer unos minutos que, ahora sobre la marcha y en caliente, decía la señora. Decía, se incorporaban sin esfuerzo ninguno aun al más difícil de los conciertos.

Y el de Calpurnia lo era. El carácter de Calpurnia era, y había que admitirlo y darle por bueno aun con todas las salvedades que se le pudiesen angular — sobre todo, por supuesto, siempre, y jamás en presencia de extraños por más que fueran íntimos de alguno de esos que los presentaban como *como hermanos* —, uno de los más difíciles que hubiese adorado, marca a miembro alguno de nuestra comunidad.

— Yo lo admito — comentaba la Prieta con sus amigos —, y lo doy por bueno... por lo he de darte pero tendrías que reconocer conmigo que, por parte de Genoveva, fue una osadía que muy bien se podía haber salido mal.

— Le podía, le podía... — le replicaba una a la que llamábamos Mori, la del pelo —. [Le podía pero le salió horrible!]

— Bórdalo, sí pero a medias.

— Eso parece un poquit...

— Bencorá — la Prieta — todo lo tan poquito que tú quieres, ¿pero fue — mirando con insistid, a los ojos, a cada una de todas las demás —, o no fue así?

— No, mié, si sí — la tía Sotolosa, que quiere que todo esté en su sitio y no suale guastarle ni quitar ni poner —.

[Claro que lo fue! Pero lo que no irás a negarme es que Genoveva es mucha Genoveva y te hace, si viene al caso, dos y hasta tres cosas a la vez.

— ¡Pues una ternidad, te estoy diciendo: insistid —

la Prieta — porque una cosa tan complicadísima como es el carácter de Calpurnia, hay que hacerla sola, con los cinco sentidos y poseído muchísimo cuidado.

Y podía estar en lo cierto o indolentemente a Genoveva, que fuera a darle a saber erigirse en juez cuando se estaba siendo parte, pero lo que nadie osaba discutirle era que, en verdad, la elaboración del carácter de Calpurnia tan cargado de contradicciones había corrido pareja con la

bien porque fuera persona retraída, de esas de las que se sabe muy poco de ellas y cabe suponerles tanto una llaneza rayana en lo simple como una susceptibilidad lindante con la paranoia¹, o mejor (si es que todo estaba funcionando bien y cumpliendo cada cual correctamente su tarea) porque fuese tan desmemoriada o tan voluble o tan irresponsable o poco aplicada que le pudiera dar igual; posibilidades, todas ellas, que debían ser debatidas y argumentadas, con sus pros y sus contras a todo color y sin borrones, en las asambleas en las que se trataban los temas que tuviesen que ver con temperamentos y caracteres; porque las que atañían a estaturas, colores de pelo y de ojos, propensión a los catarros o miedo a las arañas y otras fobias se celebraban sólo en *petit comité* y si no siempre a puerta cerrada — de viva voz y sin chuletas — sí con mucha frecuencia con una silla atrancándola o algún meritorio montando guardia con el fin de que no viniese a fisgonear ningún espía que pudiera pisarnos la idea justo ahora que habíamos conseguido casi meter en canción a una de las primas de Gancedo — no la más guapa pero sí bastante monilla, aunque muy raspa —, que se hacía de rogar aduciendo que el nombre no terminaba de gustarla y que tanteásemos a



¹ Aunque don Cliptemestro, llevado de su inveterada prudencia, siempre nos aconsejaba no suponer (ni en Luzmila ni en nadie) una característica tan compleja y anómala que nos habría forzado a ser de ciencias (y los de tercero C éramos todos de letras) y que, además, a uno por lo menos nos tirase la medicina en general y la psiquiatría en particular; y consideramos la posibilidad, echándole el ojo a Cleofás — por aquello de que era tan listo y que su madre (viuda) siempre andaba quejándose con “¡qué lástima, tanta ilusión como tenía tu padre con que fueras para médico!” —, pero como era también bastante zángano y los libros le tiraban poco se escudó, el muy hipócrita, en que si nos íbamos a ciencias a las alturas de curso que ya estábamos y don Cliptemestro tan bondadoso, el pobrecillo, a punto de jubilarse que estaba se iba a sentir muy solo y a llevarse un disgusto.

Fuese a tomárselo a mal

ver si se podía cambiar por Ava y así aprovechábamos,
de paso, el hoyito tan gracioso que tenía en la barbilla.

FIN

Nota:

Aquí se cierra el círculo **228-203-24**